

NOTA EDITORIAL

Amigos y estudiosos convergen, en este homenaje, para presentar visiones y memorias sobre la obra y la persona de una figura que ha tenido fundamental gravitación en los estudios de fenomenología realizados en España y en Hispanoamérica. *Investigaciones fenomenológicas* y *Escritos de filosofía* se asocian para expresar su reconocimiento a los méritos de quien honró con su nombre y su prestigio a ambas publicaciones que se complacían en contarla en sus consejos asesores.

Julia Valentina Iribarne consideraba que el rasgo común de los seres humanos es la capacidad trascendental constitutiva que les permite organizar la experiencia mediante sentidos y configurar mundos. En su análisis de esta función ocupa un lugar central el examen de la naturaleza teleológica de la ética en tanto se orienta a la constitución de una comunidad universal de la que no puede ser excluida ninguna subjetividad. A partir de la autorreflexión, el sujeto se comprende en la más radical capacidad de autorresponsabilidad, y culmina en el amor al prójimo como un valor absolutamente obligatorio e incomparable con valores objetivos. Además de proponer la fundamentación de una ética trascendental a partir de la igualdad como el sentido propio de las operaciones que hacen posible la experiencia del otro, intentó su aplicación al ámbito mundano en un esfuerzo por advertir y resolver problemas de la sociedad. Nos muestra cómo en el pensamiento de Husserl se hace manifiesta una intención renovadora que no se despliega solo en el conocimiento sino en la transformación de la vida misma. Al enlazar un tema heideggeriano con pensamientos de Husserl, sostiene que actuar siempre de modo que se realice lo más correcto y lo más justo dentro de lo posible, y ejercer el vínculo intersubjetivo en la disposición del amor, es "habitar éticamente el mundo". La subjetividad trascendental, con su arraigo en el ser humano real, su carácter histórico, su fundamento teleológico y su proyección infinita tiene un carácter metafísico que otorga un sentido totalizador a la finitud humana.

Su visión ética encontraba su raigambre y subsuelo en un notable esfuerzo por esclarecer el problema del sentido de la vida. Lo entrelazaba con una documentada y sólida presentación crítica de problemas como la esperanza, la finitud, la libertad y la muerte. Vinculaba radicalmente la esperanza con el sentido de la vida, y la consideraba como un entonamiento persistente –en su caso, un encanto permanente – que no se dirige a un orden de cosas determinado o a un objetivo fijo sino que tiende a impregnar todas las actitudes e influye en nuestra manera de vivir la vida. Su meditación insiste en la necesidad de descubrir el sentido irreplicable de cada vida personal. Nuestra vida se configura a partir de algo predado que no podemos obviar, y por medio de una suerte de escucha, damos una respuesta personal a la interpelación. Y si las circunstancias nos son favorables, es posible otorgar un sentido a la vida en una respuesta que es única. La vida de cada uno es irreplicable y por eso encierra el reclamo de un rescate de lo que nos ha sido confiado como el talento y las circunstancias. Tal ha de ser la refluencia de la finitud sobre la vida.

Los análisis filosóficos se enriquecieron con ricas referencias a la literatura, en la que también se hizo presente. Su interés se dirigió a ilustrar a la fenomenología con textos literarios, pero ante todo a comprender la literatura a través de la fenomenología. Ser un eco filosófico del pensar poético deteniéndose en aquellas expresiones literarias que favorecen una descripción de los fenómenos, le posibilitó un fascinante desvelamiento de temas relacionados con la constitución del mundo, el fluir temporal, el otro que me fija como un espejo en la exterioridad o la instalación de una identidad diferente a través de nuevas habitualidades.

El enorme aprecio que la comunidad de la fenomenología le tenía no se limitaba a una valoración de su obra sino que se extendía a su persona. Era la compañera fiel en los Congresos, siempre presente, con su amabilidad y sus análisis, siempre discreta desde la sabiduría que tenía. Nunca quería sobresalir, solo mostrar sus puntos de vista, que siempre fueron sugestivos y adecuados. Con sencillo aplomo, cordial y generosa, sabía que la mejor meta para la vida es realizar el programa de humanidad implícito en cada uno de nosotros. Al llevar a la práctica la afirmación husserliana de que “llevo a los otros en mí”, procuraba resaltar lo humano esencial en sus interlocutores. De ahí nuestro respetuoso y agradecido recuerdo.

Roberto J. Walton y Javier San Martín